

Año Nuevo chino 2018:

El Año del Perro

El zodíaco chino se basa en un ciclo de doce años en el que cada año se asocia con un animal particular. Se dice que aquellos que nacen durante ese año personifican las características de ese animal. Este año el Año Nuevo chino cae el 16 de febrero y marca el comienzo del Año del Perro.

Las grandes cualidades del perro son amor y lealtad incondicionales. La gente que nace en el Año del Perro demuestra ser recta y honesta, con un fuerte sentido de la responsabilidad.

El fiel compañero de Yudhísthira

Basado en una historia del Mahabhárata

En lo alto de las Montañas del Himalaya, un hombre y su perro se abrían paso a lo largo de un sendero escarpado. El hombre, que era viejo, se movía con firmeza, pero lentamente. El perro era más ágil. Pasaba apretándose por lugares muy estrechos para el hombre, o saltaba rocas que eran muy altas. Luego, paciente y alerta, el perro esperaba al hombre.

¿Qué andaban haciendo estos dos, en ese lugar alto, desolado y hermoso?
Permíteme contarte una historia *maravillosa*.

El hombre se llamaba Yudhísthira. Solo unos meses antes, había estado gobernando un gran reino: un reino que él y sus hermanos, los Pándava, habían perdido anteriormente por el engaño de sus primos. Con el inmenso apoyo y la gracia del Señor Krishna, los Pándava finalmente lograron recuperar su reino; tuvieron que luchar una larga guerra con virtud y valor, y su victoria marcó el triunfo del dharma, o la rectitud, sobre la injusticia.

Durante muchos años después de la guerra, Yudhísthira había regido el reino sabia y justamente, apoyado por sus cuatro hermanos menores y su esposa, Dráupadi, que era ella misma un pilar de rectitud y que una y otra vez demostró una impetuosa valentía. Aunque Yudhísthira amaba a sus súbditos, al envejecer se había intensificado en su interior un anhelo profundo y vivo de dedicar sus últimos años únicamente a prácticas espirituales. Decidió ir en peregrinación al Monte Meru, la legendaria montaña desde cuya cima uno podía alcanzar Svargaloka, el reino celestial del Señor Indra.

Dráupadi y los otros Pándava compartían el anhelo de Yudhísthira. Acordaron que todos irían juntos en este peregrinaje. “Pues qué mejor manera de pasar el tiempo que nos quede en esta tierra que viajando juntos a Svargaloka”, dijo Dráupadi.

Así que Yudhíshthira hizo arreglos para que su heredero, el nieto de su hermano Arjuna, fuera coronado rey. Justo al día siguiente, los Pándava renunciaron a todo su poder real, sus privilegios y riqueza, y partieron, vestidos como humildes peregrinos, a su viaje final.

En su trayecto hacia las puertas de la ciudad, sucedió una cosa interesante. De la nada, apareció un perro. Este perro era de gran constitución, color café, y parecía estar decidido a ir con ellos. Los siguió fuera de las puertas y comenzó a caminar un poco detrás de Yudhíshthira. “Vuelve por donde has venido, lindo perrito –le decía Yudhíshthira–. Este viaje va a ser muy arduo.” Pero el perro sólo miraba a Yudhíshthira, meneaba un poco la cola, y con la nariz apuntando resueltamente hacia delante, seguía poniendo una gran pata después de la otra en el sendero lleno de guijarros. Quedó claro que el perro había adoptado un nuevo amo y no tenía intención de dejarlo ni a él ni a su familia. Yudhíshthira no encontró manera de convencer al perro de lo contrario, así que aceptó y dejó que los acompañara.

Mientras los Pándava recorrían a pie vastas y secas planicies o atravesaban bosques densos y exuberantes, el perro seguía con ellos. Estaba justo a su lado cuando escalaban desde las faldas de las montañas hacia las cimas nevadas. Los seguía subiendo por cada pasaje abrupto y bajando hacia cada valle de sombras azuladas. Al proseguir el viaje a través de un sol calcinante y de ráfagas de nieve, a través de días implacables y noches ominosas, el perro seguía impávido.

El viaje siguió y siguió y siguió. Uno por uno, los miembros de la familia sucumbieron ante la áspera inclemencia del tiempo, la falta de comida, la falta de sueño y el puro agotamiento. Cada vez que uno que fallecía, proseguir resultaba más difícil para los demás. Yudhíshthira era siempre quien consolaba a los que seguían vivos, recordándoles que el Ser está más allá de la muerte. Y luego, un día, su último hermano sobreviviente, Bhima, el más fuerte de todos, no despertó. Esta fue la gota que derramó el vaso para Yudhíshthira. Cayó abatido y sollozó. Ya no tenía que hacerse el valiente; no había nadie más a quien consolar.

Cuando el perro encontró a su amo en ese estado, se acercó a reconfortarlo. Yudhíshthira abrazó al perro con gratitud y el perro puso su cabeza sobre el pecho de Yudhíshthira. Cálidas lágrimas corrían por sus mejillas y salpicaban la regia frente del perro. Estaban absortos en un dolor sin palabras.

Poco después, Yudhíshthira despertó de ese pesar; hacía un frío penetrante, y se dio cuenta de que, a menos que continuaran moviéndose, morirían antes de llegar a Svargaloka. Yudhíshthira miró a los ojos compasivos del perro y le dijo: “Tenemos que levantarnos ahora y retomar nuestro viaje, mi buen amigo.”

En los días que siguieron, Yudhíshthira comenzó a notar que el perro era quien guiaba el camino, y no al contrario. El perro corría adelante y siempre que Yudhíshthira empezaba a rezagarse, el perro se volvía para mirarlo como diciendo: *¿No vienes? ¡Tú puedes, Yudhíshthira! ¡Tú puedes!*

Fue así que el gran hombre y su querido nuevo amigo, el perro, llegaron al camino escarpado que serpenteaba hasta la cima del Monte Meru. Ahora estaban por encima de las ondulantes nubes, y en la suave luz del sol, la nieve relucía como diamantes. Por fin alcanzaron la cima. No hace falta decir que Yudhíshthira estaba regocijado. Miraba al perro, que meneaba la cola rítmicamente, como al son de un canto celestial. El perro parecía sonreír a Yudhíshthira. Era como si este apuesto perro supiera que, como peregrinos, él y Yudhíshthira habían acumulado igual mérito.

Justo entonces, a Yudhíshthira le pareció que podía distinguir algo que avanzaba hacia ellos. Parecía un ténue orbe de luz, y venía desde una gran distancia. *¿Qué podía ser?*, se preguntó, entornando los ojos para poder ver mejor. La luz seguía pulsando hacia ellos, y comenzó a volverse cada vez más y más y más grande, hasta que de pronto, el campo entero de la visión de Yudhíshthira fue inundado por esa luz blanca.

Levantó un brazo hacia su cara y puso el otro frente al perro, para escudarse del resplandor.

Cuando Yudhíshthira miraba por encima del brazo, vio emerger una forma de la nube de luz. Vio el caballo, la rueda, y finalmente el cuerpo de un imponente carruaje blanco con incrustaciones brillantes de cristal. Dentro del carruaje había un ser ataviado en ropajes de impecable belleza. El carruaje se destuvo sin hacer ruido. El ser salió del carruaje y dijo con una voz encantadora:

—¡Yudhíshthira!

Yudhíshthira apenas podía creer a sus ojos y oídos. Con las manos juntas, exclamó:

–¡Señor Indra!

–Soy yo –dijo el Señor Indra con una sonrisa llena de bondad y gracia–. He venido a darte la bienvenida a Svargaloka.

–¡Mi Señor! –dijo Yudhíshthira con gratitud. Su rostro se encendió aún más. Pensó: *¡Qué gran bienvenida! ¡Qué inimaginable honor ser acompañado por el resto de su viaje y escoltado hasta su destino por el Señor Indra mismo!* Recordó a los miembros de su familia que no habían podido llegar hasta allí, y los visualizó a todos entrando en el carruaje con él y llegando juntos a Svargaloka.

–Ven –dijo el Señor Indra, ofreciéndole la mano–. Sube.

Yudhíshthira salió de su ensueño. Dijo con humildad:

–Gracias, mi Señor. Lo haré. Y mi perro también vendrá.

–¿Tu perro? –dijo el Señor Indra con asombro. Se rió, añadiendo: – No, tu perro no puede venir, Tú eres el que ha ganado tanto mérito después de luchar para sostener el *dharma* en la larga guerra.

Yudhíshthira estaba abatido. Con suavidad en la voz, dijo:

–Te agradezco, Señor, por tu generoso ofrecimiento, pero sin este perro no puedo seguirte a Svargaloka.

–Yudhíshthira –dijo el Señor Indra con severidad–, para entrar al reino de Svargaloka uno debe pasar por las puertas de la muerte. Tú estás entre los hombres más excepcionales, pues has llevado una vida de tal virtud que puedes entrar a mi reino aun estando vivo. ¿Me estás diciendo que vas a renunciar al mérito de tantas vidas por un perro?

–Sí, mi Señor. Renuncio a Svargaloka por este amado amigo mío. Me adoptó como su amo y ha sobrellevado la misma gran dureza que yo en este peregrinaje. Me ha dado compañía, consuelo y ánimo cuando yo no tenía a nadie más. He llegado a amar y admirar a este perro, y no puedo abandonarlo ahora. De hecho, creo que es él quien me mostró el camino hacia ti. En todo caso, es él quien merece ir contigo, no yo.

–¿De modo que amas a un perro más que cumplir tu deseo de ir al cielo? –preguntó el Señor Indra con incredulidad.

Yudhíshthira se inclinó respetuosamente ante el Señor India y dijo, en una voz a la vez decidida y humilde:

–Sí, mi Señor. Debido a ese perro, yo estoy vivo todavía. Cualquier gloria que yo alcance, debo compartirla con él.

Yudhíshthira iba entonces a acariciar la cabeza de su perro. Al bajar la mano, sin embargo, tocó algo extraño; no se sentía como el pelaje del perro. Miró hacia abajo y para su sorpresa vio que su mano estaba posada sobre un radiante mazo de tamaño y grandeza imponentes. Los ojos de Yudhíshthira se agrandaron. Levantó la mirada lentamente. Y ahí, en lugar de su amado perro, y sosteniendo este poderoso instrumento, estaba el padre de Yudhíshthira, el Señor Dharma.

–¿Tú, mi padre? –dijo Yudhíshthira con asombro.

–Sí, mi amado hijo –dijo el Señor Dharma. Sus ojos fulguraban de orgullo–.

Yudhíshthira, tú eres la encarnación del *dharma*. A lo largo de tu vida, has seguido el *dharma* a cada paso, en toda situación, en cada encuentro que has tenido. Durante tu último viaje en esta tierra, vine a ti bajo la forma de un perro y me trataste con un corazón de oro. Ve, hijo mío. ¡Sube al carruaje de Indra Dévata!

“El fiel compañero de Yudhíshthira” está basado en una historia narrada en una de las grandes épicas de la India, el Mahabhárata, que se atribuye al sabio Vyasa. Esta escritura relata la persistente lucha entre los príncipes Pándava y Káurava sobre un reino en disputa. En el curso de esta épica se exploran el concepto del dharma y sus muchas diversas implicaciones.

Versión de la narración de Margaret Simpson
Ilustración de Mort Gerberg



© 2018 SYDA Foundation®. Todos los derechos reservados.